

Para apreciar en esta parte el desatiento con que procede el Protestantismo, y la posicion falsa y arriesgada en que se ha colocado con respecto al espíritu humano, no es necesario ser teólogo, ni católico; basta haber leído la Escritura, aun cuando sea únicamente con ojos de literato y de filósofo. Un libro que encerrando en breve cuadro el extenso espacio de cuatro mil años, y adelantándose hasta las profundidades del mas lejano porvenir, comprende el origen y destinos del hombre y del universo; un libro que tejiendo la historia particular de un pueblo escogido abarca en sus narraciones y profecías las revoluciones de los grandes imperios; un libro en que los magníficos retratos donde se presentan la pujanza y el lujoso esplendor de los monarcas de Oriente, se encuentra al lado de la fácil pincelada que nos describe la sencillez de las costumbres domésticas, ó el candor é inocencia de un pueblo en la infancia; un libro donde narra el historiador, vierte tranquilamente el sabio sus sentencias, predica el apóstol, enseña y disputa el doctor; un libro donde un profeta señoreado por el espíritu divino, truena contra la corrupcion y extravío de un pueblo, anuncia las terribles venganzas del Dios de Sináí, llora inconsolable el cautiverio de sus hermanos y la devastacion y soledad de su patria, cuenta en lenguaje peregrino y sublime los magníficos espectáculos que se desplegaron á sus ojos en momentos de arrobó, en que al través de velos sombríos, de figuras misteriosas, de emblemas oscuros, de apariciones enigmáticas, viera desfilar ante su vista los grandes sucesos de la sociedad y las catástrofes de la naturaleza; un libro, ó mas bien un conjunto de libros, donde reinan todos los estilos y campean los mas variados tonos, donde se hallan derramadas y entremezcladas la magestad épica y la sencillez pastoril, el fuego lírico y la templanza didáctica, la marcha grave y sosegada de la narracion histórica y la rapidez y viveza del drama; un conjunto de libros escritos en diferentes épocas y países, en varias lenguas, en circunstancias las mas singulares y extraordinarias, ¿cómo podrá menos de trastocar la cabeza orgullosa que recorre á tientas sus páginas, ignorando los climas, los tiempos, las leyes, los usos y costumbres, abrumada de alusiones que la confunden; de imágenes que la sorprenden, de idiotismos que la oscurecen; oyendo hablar en idioma moderno al hebreo ó al griego que escribieron allá en siglos muy remotos? ¿Qué efectos

ha de producir ese conjunto de circunstancias, creyendo el lector que la Sagrada Escritura es un libro muy fácil, que se brinda de buen grado á la inteligencia de cualquiera, y que en todo caso, si se ofreciere alguna dificultad, no necesita el que lee de la instruccion de nadie, sino que le bastan sus propias reflexiones, ó concentrarse dentro de sí mismo para prestar atento oído á la celeste inspiracion que levantará el velo que encubre los mas altos misterios? ¿Quién estrañará que se hayan visto entre los protestantes tan ridículos visionarios, tan furibundos fanáticos (11)?

CAPITULO VIII.

INJUSTICIA fuera tachar una religion de falsa, solo porque en su seno hubieran aparecido fanáticos: esto equivaldria á desecharlas todas; pues que nó seria dable encontrar una que estuviese exenta de semejante plaga. No está el mal, en que se presenten fanáticos en medio de una religion, sino en que ella los forme, en que los incite al fanatismo, ó les abra para él anchurosa puerta. Si bien se mira en el fondo del corazon humano hay un gérmen abundante de fanatismo, y la historia del hombre nos ofrece de ello tan abundantes pruebas que apenas se encontrará hecho que deba ser reconocido como mas indudable. Fingid una ilusion cualquiera, contad la vision mas extravagante, forjad el sistema mas desvariado; pero tened cuidado de bañarlo todo con un tinte religioso, y estad seguros que no os faltarán prosélitos entusiastas que tomarán á pecho el sostener vuestros dogmas, el propagarlos, y que se entregarán á vuestra causa con una mente ciega y un corazon de fuego: es decir, tendréis bajo vuestra bandera una porcion de fanáticos.

Algunos filósofos han gastado largas páginas en declamar contra el fanatismo, y como que se han empeñado en desterrarle del mundo, ora dando á los hombres empalagosas lecciones filosóficas, ora empleando contra el *monstruo* toda la fuerza de una oratoria fulminante. Bien es verdad que á la palabra *fanatismo* le han señalado una extension tan lata, que han comprendido bajo

esta denominacion toda clase de religiones; pero yo creo sin embargo que aun cuando se hubieran ceñido á combatir el verdadero fanatismo, habrian hecho harto mejor si, no fatigándose tanto, hubiesen gastado algun tiempo en examinar esta materia con espíritu analítico, tratándola despues de atento exámen, sin preocupacion con madurez y templanza.

Por lo mismo que veian que este era un achaque del espíritu humano, escasas esperanzas podian tener, si es que fueran filósofos cuerdos y sesudos, de que con razones y elocuencia alcanzaran á desterrar del mundo al malhadado *monstruo*; pues que hasta ahora, no sé yo que la filosofía haya sido parte á remediar ninguna de aquellas graves enfermedades que son como el patrimonio del humano linage. Entre tantos yerros como ha tenido la filosofía del siglo XVIII, ha sido uno de los mas capitales la manía de los tipos: de la naturaleza del hombre, de la sociedad, de todo se ha imaginado un tipo allá en su mente; todo ha debido acomodarse á aquel tipo, y cuanto no ha podido doblarse para ajustarse al molde, todo ha sufrido tal descarga filosófica que al menos no ha quedado impune por su poca flexibilidad.

¡Pues qué! ¿podrá negarse que haya fanatismo en el mundo? y mucho: ¿podrá negarse que sea un mal? y muy grave: ¿cómo se podria extirpar? de ninguna manera: ¿cómo se podrá disminuir su extension, atenuar su fuerza, refrenar su violencia? dirigiendo bien al hombre: entonces, ¿no será con la filosofía? ahora lo veremos.

¿Cuál es el origen del fanatismo? Antes es necesario fijar el verdadero sentido de esta palabra. Entiéndese por fanatismo, tomado en su acepcion mas lata, una viva exaltacion del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinion, ó falsa é exagerada. Si la opinion es verdadera, encerrada en sus justos límites, entonces no cabe el fanatismo; y si alguna vez lo hubiere, será con respecto á los medios que se emplean en defenderla; pero entonces ya existirá tambien un juicio errado, en cuanto se cree que la opinion verdadera autoriza para aquellos medios; es decir que habrá error ó exageracion. Pero si la opinion fuere verdadera, los medios de defenderla legítimos, y la ocasion oportuna, entonces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltacion del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios

que se arrosten: entonces habrá entusiasmo en el ánimo, y heroismo en la accion, pero fanatismo nó: de otra manera los héroes de todos tiempos y paises quedarian afeados con la mancha de fanáticos.

Tomado el fanatismo con toda esta generalidad, se extiende á cuantos objetos ocupan el espíritu humano; y así hay fanáticos en religion, en política, y hasta en ciencias y literatura; no obstante el significado mas propio de la palabra *fanatismo*, no solo atendiendo á su valor etimológico, sino tambien usual, es cuando se aplica á materias religiosas: y por esta causa el solo nombre de *fanático* sin ninguna añadidura, expresa un fanático en religion; cuando al contrario, si se le aplica con respecto á otras materias, debe andar acompañado con el apuesto que las califique: así se dice fanáticos políticos, fanáticos en literatura, y otras expresiones por este tenor.

No cabe duda que en tratándose de materias religiosas tiene el hombre una propension muy notable á dejarse dominar de una idea, á exaltarse de ánimo en favor de ella, á transmitirla á cuantos le rodean, á propagarla luego por todas partes, llegando con frecuencia á empeñarse en comunicarla á los otros, aunque sea con las mayores violencias.

Hasta cierto punto se verifica tambien el mismo hecho en las materias no religiosas; pero es innegable que en las religiosas adquiere el fenómeno un carácter que le distingue de cuanto acontece en esfera diferente. En cosas de religion adquiere el alma del hombre una nueva fuerza, una energía terrible, una expansion sin límites: para él no hay dificultades, no hay obstáculos, no hay embarazos de ninguna clase: los intereses materiales desaparecen enteramente, los mayores padecimientos se hacen lisonjeros, los tormentos son nada, la muerte misma es una ilusion agradable.

El hecho es vario segun lo es la persona en quien se verifica, segun lo son las ideas y costumbres del pueblo en medio del cual se realiza; pero en el fondo es el mismo: y examinada la cosa en su raíz, se halla que tienen un mismo origen las violencias de los sectarios de Mahoma, que las extravagancias de los discípulos de Fox.

Acontece en esta passion lo propio que en las demás, que si producen los mayores males, es solo porque se extravían de su

objeto legítimo, ó se dirigen á él por medios que no están de acuerdo con lo que dictan la razón y la prudencia: pues que bien observado el fanatismo no es mas que el *sentimiento religioso extraviado*; sentimiento que el hombre lleva consigo desde la cuna hasta el sepulcro, y que se encuentra como esparcido por la sociedad, en todos los períodos de su existencia. Hasta ahora ha sido siempre vano el empeño de hacer irreligioso al hombre: uno que otro individuo se ha entregado á los desvaríos de una irreligion completa, pero el linaje humano protesta sin cesar contra ese individuo que ahoga en su corazón el sentimiento religioso. Como este sentimiento es tan fuerte, tan vivo, tan poderoso á ejercer sobre el hombre una influencia sin límites, apenas se aparta de su objeto legítimo, apenas se desvía del sendero debido, cuando ya produce resultados funestos; pues que se combinan desde luego dos causas muy á propósito para los mayores desastres, como son: *absoluta ceguera del entendimiento, y una irresistible energía en la voluntad.*

Cuando se ha declamado contra el fanatismo, buena parte de los protestantes y filósofos no se han olvidado de prodigar ese apodo á la Iglesia católica: y por cierto que debieran andar en ello con mas tiento, cuando menos en obsequio de la buena filosofía. Sin duda que la Iglesia no se gloriará de que haya podido curar todas las locuras de los hombres, y por tanto no pretenderá tampoco que de entre sus hijos haya podido desterrar de tal manera el fanatismo, que de vez en cuando no haya visto en su seno algunos fanáticos: pero sí que puede gloriarse de que jamás religion alguna ha dado mejor en el blanco para curar, en cuanto cabe, este achaque del espíritu humano; pudiendo además asegurarse que tiene de tal manera tomadas sus medidas, que en naciendo el fanatismo, le cerca desde luego con un vallado, en que podrá delirar por algun tiempo, pero no producirá efectos de consecuencias desastrosas.

Esos extravíos de la mente, esos sueños de delirio que nutridos y avivados con el tiempo arrastran al hombre á las mayores extravagancias, y hasta á los mas horrorosos crímenes, apáganse por lo comun en su mismo origen, cuando existe en el fondo del alma el saludable convencimiento de la propia debilidad, y el respeto y sumisión á una autoridad infalible: y ya que á veces no se logre sufocar el delirio en su nacimiento, quédase al

menos aislado, circunscrito á una porcion de hechos mas ó menos verosímiles, pero dejando intacto el depósito de la verdadera doctrina, y sin quebrantar aquellos lazos que unen y estrechan á todos los fieles como miembros de un mismo cuerpo. ¿Se trata de revelaciones, de visiones, de profecías, de éxtasis? mientras todo esto tenga un carácter privado, y no se extienda á las verdades de fé, la Iglesia por lo comun disimula, tolera; se abstiene de entrometerse, calla, dejando á los críticos la discusion de los hechos, y al comun de los fieles amplia libertad para pensar lo que mas les agrade. Pero si toman las cosas un carácter mas grave, si el visionario entra en explicaciones sobre algunos puntos de doctrina, veréis desde luego que se despliega el espíritu de vigilancia: la Iglesia aplica atentamente el oído para ver si se mezcla por allí alguna voz que se aparte de lo enseñado por el divino Maestro: fija una mirada observadora sobre el nuevo predicador, por si hay algo que manifieste ó al hombre alucinado y errante en materias de dogma, ó al lobo cubierto con piel de oveja; y en tal caso levanta desde luego el grito, advierte á todos los fieles ó del error ó del peligro, y llama con la voz de pastor á la oveja descarriada. Si esta no escucha, si no quiere seguir mas que sus caprichos, entonces la separa del rebaño, la declara como lobo, y de allí en adelante el error y el fanatismo ya no se hallan en ninguno que desee perseverar en el seno de la Iglesia.

Por cierto que no dejarán los protestantes de echar en cara á los católicos la muchedumbre de visionarios que ha tenido la Iglesia, recordando las revelaciones y visiones de los muchos santos que veneramos sobre los altares: echaránnos tambien en cara el fanatismo, fanatismo que dirán no haberse limitado á estrecho círculo, pues que ha sido bastante á producir los resultados mas notables. “Los solos fundadores de las órdenes religiosas, dirán ellos, ¿no ofrecen acaso el espectáculo de una serie de fanáticos que alucinados ellos mismos, ejercian sobre los demás con su palabra y ejemplo la influencia mas fascinadora que jamás se haya visto?” Como no es este el lugar de tratar por extenso el punto de las comunidades religiosas, cosa que me propongo hacer en otra parte de esta obra, me contentaré con observar, que aun dando por supuesto que todas las visiones y revelaciones de nuestros santos, y las inspiraciones del cielo con

que se creían favorecidos los fundadores de las órdenes religiosas, no pasaran de pura ilusión, nada tendrían adelantado los adversarios para achacar á la Iglesia católica la nota de fanatismo. Por de pronto ya se echa de ver que en lo tocante á visiones de un particular, mientras se circunscriban á la esfera individual, podrá haber allí ilusión, y si se quiere fanatismo; pero no será el fanatismo dañoso á nadie, y nunca alcanzará á acarrear trastornos á la sociedad. Que una pobre muger se crea favorecida con particulares beneficios del cielo; que se figure oír con frecuencia la palabra de la Virgen; que se imagine que confabula con los ángeles que le traen mensajes de parte de Dios; todo esto podrá excitar la credulidad de unos y la mordacidad de otros, pero á buen seguro que no costará á la sociedad ni una gota de sangre, ni una sola lágrima.

Y los fundadores de las órdenes religiosas ¿qué muestras nos dan de fanatismo? aun cuando prescindieramos del profundo respeto que se merecen sus virtudes, y de la gratitud con que debe corresponderles la humanidad por los beneficios inestimables que le han dispensado; aun cuando diéramos por supuesto que se engañaron en todas sus inspiraciones; podríamos apellidarlos *ilusos*, mas no *fanáticos*. En efecto, nada encontramos en ellos ni de frenesí, ni de violencia; son hombres que desconfían de sí mismos, que á pesar de creerse llamados por el cielo para algun grande objeto, no se atreven á poner manos á la obra sin haberse postrado antes á los piés del sumo Pontífice, sometiendo á su juicio las reglas en que pensaban cimentar la nueva orden, pidiéndole sus luces, sujetándose dócilmente á su fallo, y no realizando nada sin haber obtenido su licencia. ¿Qué semejanza hay pues de los fundadores de las órdenes religiosas con esos fanáticos que arrastran en pos de sí una muchedumbre de furibundos, que matan, destruyen por todas partes, dejando por do quiera regueros de sangre y de ceniza? En los fundadores de las órdenes religiosas vemos á un hombre que dominado fuertemente por una idea, se empeña en llevarla á cabo, aun á costa de los mayores sacrificios; pero vemos siempre una idea fija, desenvuelta en un plan ordenado, teniendo á la vista algun objeto altamente religioso y social; y sobre todo, vemos ese plan sometido al juicio de una autoridad, examinado con madura discusion, y enmendado, ó retocado segun parece mas conforme á la pru-

dencia. Para un filósofo imparcial, sean cuales fueren sus opiniones religiosas, podrá haber en todo esto mas ó menos ilusión mas ó menos preocupacion, mas ó menos prudencia y acierto, pero fanatismo, no, de ninguna manera, porque nada hay aquí que presente semejante carácter (12).

CAPITULO IX.

El fanatismo de secta, nutrido y avivado en Europa por la *inspiracion privada* del Protestantismo, es ciertamente una llaga muy profunda y de mucha gravedad; pero no tiene sin embargo un carácter tan maligno y alarmante como la incredulidad y la indiferencia religiosa: males funestos que las sociedades modernas tienen que agradecer en buena parte á la pretendida reforma. Radicados en el mismo principio que es la basa del Protestantismo, ocasionados y provocados por el escándalo de tantas y tan extravagantes sectas que se apellidan cristianas, empezaron á manifestarse con síntomas de gravedad ya en el mismo siglo XVI. Andando el tiempo llegaron á estenderse de un modo terrible, filtrándose en todos los ramos científicos y literarios, comunicando su espresion y sabor á los idiomas, y poniendo en peligro todas las conquistas que en pro de la civilizacion y cultura habia hecho por espacio de muchos siglos el linage humano.

En el mismo siglo XVI, en el mismo calor de las disputas y guerras religiosas encendidas por el Protestantismo, cundia la incredulidad de un modo alarmante; y es probable que seria mas comun de lo que aparentaba, pues que no era fácil quitarse de repente la máscara, cuando poco antes estaban tan profundamente arraigadas las creencias religiosas. Es muy verosímil que andaria disfrazada la incredulidad con el manto de la reforma; y que ora alistándose bajo la bandera de una secta, ora pasando á la de otra, trataria de enflaquecerlas á todas para levantar su trono sobre la ruina universal de las creencias.

No es necesario ser muy lógico para pasar del Protestantismo al Deísmo; y de este al Ateísmo no hay mas que un paso: y es